

REFLEXIONES PARA EL ALMA

¿SOY O NO UN CREYENTE?

Parte I

Cuando contemplamos el universo del que somos parte y vemos las maravillas que encierra y con la ayuda de la tecnología existente, podemos apreciar que no es un caos, más aún la dinámica que lo sostiene es un orden que nos impresiona, algo en nuestro interior nos llama a la admiración y nos interpela. Lo que contemplamos nos lleva a concluir que no puede ser fruto de la casualidad por la perfección que aparece ante nuestra mirada. Nuestra propia tierra es parte de esa maravilla y en ella nos es posible apreciar la prolongación de la perfección que contemplamos.



Si volvemos los ojos hacia ella percibiremos que también encierra en sí misma la belleza y el ordenamiento apreciado en el universo, lo que podemos comprobar a través de sus diversos paisajes, los fenómenos naturales y el desarrollo de la naturaleza que la cubre y la puebla. Todo ello, al margen de los destrozos y el desastre que apreciamos, por la intervención irresponsable del hombre que no logra comprender que debe aportar al desarrollo evolutivo de la creación, dentro del marco del ordenamiento establecido en el principio creador y no arrasando con todo lo que encuentra a su paso, provocando la desarmonía de las fuerzas naturales.

Pues existe esa dinámica que pone en movimiento fuerzas que no percibimos con los sentidos naturales, pero que son reales quedando demostrada su presencia por el mismo orden existente, ya que cada cuerpo ocupa un lugar con un movimiento constante sin que se produzca el caos. Esto demuestra la existencia de una ley natural que regula esta dinámica que no es estática, pero si permanente, y que se expresa en ciclos de desarrollo que podemos saber cuándo se inician, pero no determinar su término.





Cuando surge la vida orgánica esta realidad se nos hace más cercana y nos es posible percatarnos de cuando comienza y de cuando termina, no así del cómo se produce el surgimiento de ésta. Lo que sí comprobamos que es cíclica y nada es permanente, pues cada ser tiene su dinámica propia.

A este punto nuestra inteligencia se ve interpelada por una pregunta: ¿Cómo es posible que exista todo esto

sin una Causa Original que imprima esta dinámica que hace posible la maravilla que contemplamos?

Porque aquí coexisten elementos que nuestra imaginación es incapaz de concebir. Tenemos elementos tan pequeños que sólo con la ayuda de instrumentos muy elaborados podemos detectar y de tanta importancia como los virus, que pueden eliminar la vida o tan grandes, frente a los cuales nuestro planeta es sólo un punto. Y cada cual, armónicamente, cumple una función que le es propia dentro de esta dinámica universal, tal que no puede ser obra del acaso y es lo que llamamos la “Ley natural. Nos guste o no, hay un ordenamiento”.

Todo proviene de la Causa Original que imprimió la dinámica a todo cuanto existe y dispuso a su vez el ritmo del desarrollo de cada parte, lo que denominamos ciclos de vida, tras lo cual viene un cambio de estado. Esto en todo orden de cosas.

Así nos encontramos siendo parte de la vida humana que, aparte del desarrollo natural de todas las especies, tiene particularidades únicas por los atributos que acompañan su desarrollo. Estos atributos particulares son una determinación de la Causa Original que dispuso fuera de esta manera, con un fin ex profeso.

De allí que, sólo en el ser humano encontramos estas características particulares: la inteligencia, la razón, la libertad y la voluntad. Estos atributos hacen posible que sea capaz de identificar la Causa Original de su existencia.



A través del tiempo ha emprendido la búsqueda de esta Causa Original, asociándola a algo intangible que está más allá de sus posibilidades, pero que es real y que bulle en su interior, como una fuerza que le impulsa a buscarle, como la sed natural que le lleva a utilizar elementos de la propia naturaleza para calmarla, como el agua.

En el caso de la Causa Original la ha asociado con elementos propios de la naturaleza que no conoce, pero reconoce los efectos de su acción, como el sol, la luna, los volcanes, la fuerza del mar, el viento y diversos fenómenos naturales de los que no conoce su origen, pero que afectan su existencia de una u otra manera. Ha utilizado diversos nombres para darle una identidad con la que pueda relacionarse y ha utilizado diversos actos, como las ofrendas, los sacrificios y actos particulares, para conseguir su favor, aplacar su ira o serle grato.

De esta manera le ha puesto diversos nombres para asociarla a su propia vida, la particular y la comunitaria. La ha llamado “DIOS”, como principio general, aplicándole adjetivos según sean sus necesidades, sus simpatías o sus inclinaciones.

(Continua)

*Tú pusiste la tierra sobre sus cimientos, y de allí jamás se moverá...
Tú hiciste la luna, que marca las estaciones, y el sol, que sabe cuándo ocultarse.
Tú traes la oscuridad, y cae la noche, y en sus sombras se arrastran los animales
del bosque...*

*¡Oh Señor, cuán numerosas son tus obras!
¡Todas ellas las hiciste con sabiduría!
¡Rebosa la tierra con todas tus criaturas!*

Salmos 104: 5, 19, 24